

Federico Berrueto

Los catastrofistas somos todos

Es cuestión de un par de meses para que el impacto social de la crisis empiece a sentirse con mayor fuerza. Los mismos catastrofistas dicen que el primer trimestre del año será a la baja y que el segundo será peor si no hay reacción en el país vecino y así sucesivamente, hasta que el futuro nos alcance

El discurso presidencial toma un curso peligroso. Se entiende el deseo de alentar el ánimo y romper con el escepticismo, pero las palabras le llevan a punto de colisión con la realidad. Por más que se desee, la política no puede prevalecer sobre la economía. Con Echeverría y López Portillo ese voluntarismo nos llevó al desastre, más grave sería ahora, cuando el mundo tiene dueños, uno de ellos el señor ese que dijo en el Senado que la crisis era de magnitudes mayores.

Las palabras del gobierno van contra la realidad, más que contra Slim. Es inexplicable que la severidad de la respuesta gubernamental se dé en un tema en el que el empresario tiene razón en el diagnóstico y en eso de la inclinación del gobierno de hacer del monopolio un instrumento recaudatorio. El gobierno de siempre ha sido complaciente hacia el monopolio de Telmex. Ni el ex secretario Gil Díaz, directivo de empresas rivales, se atrevió a promover un cambio del statu quo; ahora, igual que antes de ser secretario, echa el grito al cielo.

Es cierto, el mundo tiene dueños, pero también reglas. El monopolio es una negación a éstas. Empero, la crisis financiera ha revelado la disfuncionalidad del orden económico vigente. No es que el mercado haya pervertido el proceso, más bien es

que la marginalidad del Estado ha hecho que el mercado no funcione en sus virtudes y sí en sus defectos, especialmente promoviendo la economía ficción, la de la especulación, la de la confianza prendida de alfileres que una crisis inmobiliaria echó al piso. Hoy todos, grandes, chicos y medianos, miran al Estado en búsqueda de oxígeno. La implícita estatización de las instituciones financieras en EU es paradoja de los nuevos tiempos.

Calderón habla a los mexicanos de la calle y, por el momento, le hacen caso, porque todavía no se muestran los efectos más perniciosos de la crisis. La cuestión es que el Presidente no está hablando a los dueños, por ello la devaluación y la baja en más de 17 mil millones de dólares de las reservas. Los del PRI quieren nombres de beneficiarios de la especulación, parecen ignorar que las reglas lo permiten.

Abatir la crisis no sólo es cuestión de confianza, también de que la economía norteamericana se reactive y eso va para varios años, según las estimaciones de los más serios analistas, también en el campo de los catastrofistas.

Antes, los secretarios de Hacienda decían al Presidente las cifras económicas a consignar en el discurso; Calderón le dicta al secretario Carstens las referencias sobre la economía. Esto le ha significado minar su credibilidad en el mundo financiero.

Continúa en siguiente hoja

La colisión con Guillermo Ortiz del Banco de México no es ideológica, ni siquiera de grupo, se debe, fundamentalmente, a la inclinación del Presidente a manejar a modo político los números de la economía, a la larga los del gobierno acaban por darle la razón.

La apuesta presidencial es alta; jugar al día es un riesgo porque el tiempo cobra factura. Si se trata de mantener un piso de apoyo con miras a las elecciones de julio, los tiempos no dan. Es cuestión de un par de me-

ses para que el impacto social de la crisis empiece a sentirse con mayor fuerza. Los mismos catastrofistas dicen que el primer trimestre del año será a la baja y que el segundo será peor si no hay reacción en el país vecino y así sucesivamente, hasta que el futuro nos alcance, porque en 2010 se acabó la cobertura que garantiza un valor razonable al precio del petróleo.

El impacto del programa gubernamental para enfrentar la crisis es menor en proporción al tamaño de la economía y de lo que muchos otros países están haciendo como proporción al PIB. Los números absolutos y el anuncio de obras son noticia y alientan, pero los analistas catastrofistas dicen que lo anunciado equivale a una cuarta o sexta parte de lo que otros países semejantes al nuestro están haciendo para atenuar la crisis. Se dice que estamos



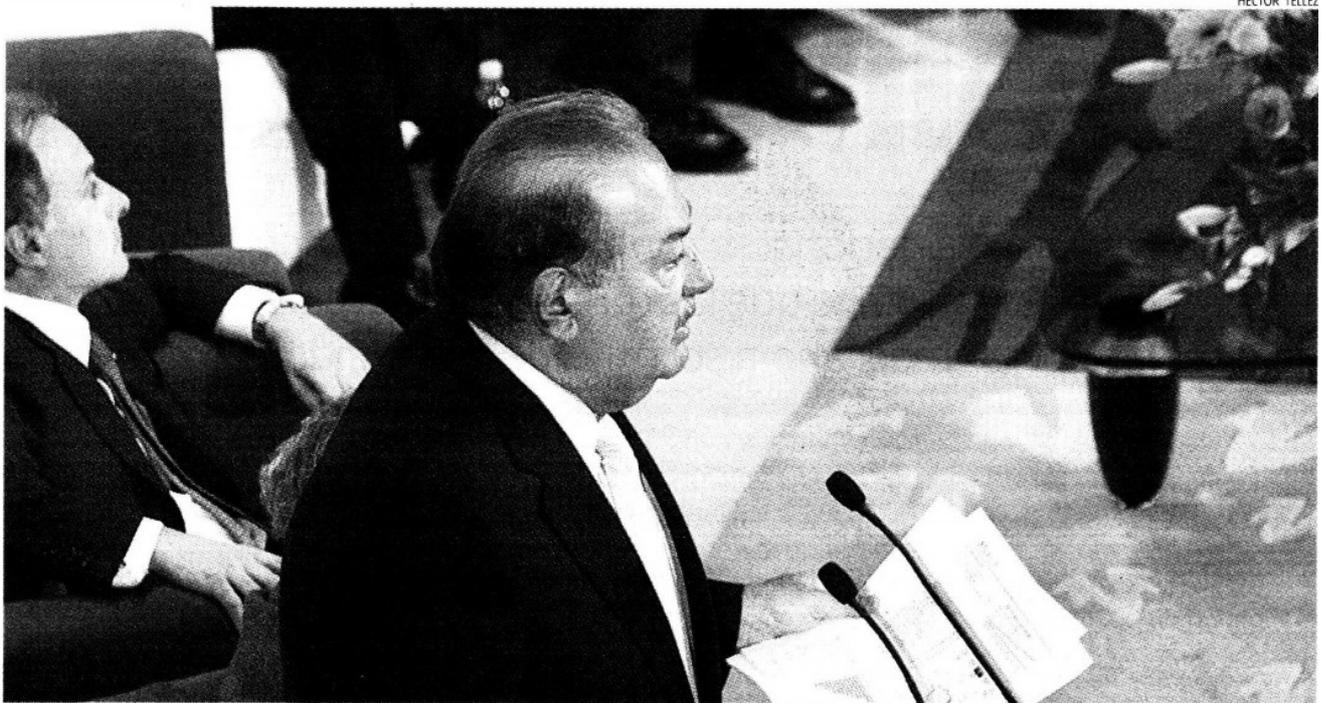
preparados para la adversidad como nunca, pero las finanzas públicas de tiempo hace están en bancarrota, porque tenemos uno de los regímenes fiscales más ineficientes y obsoletos del mundo.

Ya se sabe que una crisis global requiere una solución semejante. Pero México se ha quedado rezagado. En poco más de tres décadas el mundo cambió, pero el país sigue igual con la única diferencia de alternancia, ejecuciones por miles, *spots* electorales de gorra y celulares con proveedor monopólico. El atraso, la desigualdad y la corrupción cabalgan con singular alegría. El poder mudó de la retórica nacionalista a la del optimismo de la realidad ficción. Los catastrofistas somos todos. ■M

fberruetop@gmail.com

**la
desigualdad
y la
corrupción
cabalgan
con singular
alegría.
El poder
mudó
de la retórica
nacionalista
a la del
optimismo
de la
realidad
ficción.
Los
catastrofistas
somos todos**

El atraso,



HÉCTOR TÉLLEZ

Agora resulta. Febrero de 2009